

# Trasfondo del caso Granda

**A**l cierre de este editorial, cuando todavía no se han reunido los dos presidentes, parece que el encuentro será para fumar la pipa de la paz. Es muy sabio que los incidentes puedan procesarse y no provoquen una escalada de violencia ni interrumpen una integración económica que es muy deseable para ambos países. Sin embargo no se puede ocultar que las líneas políticas de ambos presidentes no son fácilmente compatibilizables, para no decir que son francamente antagónicas. Por eso, aunque el caso como tal haya pasado del centro de la escena, nos parece esclarecedor presentar los hilos de la trama que siguen tejiéndose, y que, a nuestro modo de ver, necesitarían rectificaciones de fondo.

## Estamos de acuerdo con Chávez

Estamos de acuerdo con el Presidente de Venezuela en exigir disculpas y promesa formal de no volver a repetir la violación a la soberanía nacional en que ha incurrido Colombia al actuar en territorio venezolano sobornando a elementos de las Fuerzas Armadas para que secuestren y pasen a Colombia a un prominente guerrillero. Actuar irregularmente en un país vecino tomándose la justicia por su mano como si fuera tierra de nadie es desconocer el derecho y entronizar la fuerza, poniéndose al mismo nivel de las fuerzas irregulares, en este caso de la guerrilla, a la que combaten. Desconocer el derecho es perder la legitimidad. Argüir que capturar a un terrorista está

por encima del derecho de soberanía puede ser correcto en principio, pero nos parece que no lo es en la práctica ya que la relación que se lesiona es realmente más importante que la presa que se consigue. ¿Hubiera actuado sensatamente el gobierno español llevando a cabo este tipo de operaciones en Francia para capturar a terroristas de ETA? ¿No fue mucho más sensato y productivo, aunque se demoró años, convencer al gobierno de Francia de que tenían que homologar sus políticas a este respecto?.

El hecho, gravísimo de suyo, lo es más por el descaro con que el propio ministro de la Defensa proclama, es decir se jacta, de haber sobornado a elementos de las Fuerzas Armadas de Venezuela. Esto equivale a descalificar al ejército venezolano, tratándolo como un cuerpo corrompido. Esto es una provocación inadmisibles.

El hecho es más grave todavía porque es un hecho premeditado que forma parte de una política, de la política imperialista del actual gobierno de USA, que no sólo viene actuando sistemáticamente como una fuerza interventora basado sólo en su poderío militar sino que así lo impone a sus aliados, ya que no admite socios sino sólo adláteres que sigan servilmente sus dictados. Actualmente el gobierno de USA es el elemento más desestabilizador que hay en el mundo. América Latina no tiene nada que ganar siguiéndole el juego. Más bien debe contribuir a que regrese a la política de multipolarismo y derecho internacional y de organismos que realmente lo expresen.

Comprendemos que la sociedad colombiana está hastiada de una violencia tan inveterada y está dispuesta a entregarse a quien obtenga la paz. Comprendemos que el gobierno colombiano está urgido en ganar la guerra a la guerrilla y lograr por fin la pacificación del país. No lo acompañamos al jugárselo todo a la única carta militar empleando los mismos métodos irregulares de sus contrincantes. Es verdad que la violencia insurreccional ha perdido de vista las causas y los objetivos por los que se levantó en armas, pero también lo es que los problemas de fondo, la

violencia institucionalizada, sigue intacta generando violencia. Por tanto la victoria militar sobre la guerrilla tiene que ir acompañada por asumir de otro modo sus banderas de redención social. El olvido de las víctimas, no sólo masacradas sino expulsadas fulminantemente de su posesiones por las Autodefensas, en la negociación en marcha para su reinserción social, hace ver que en la paz que busca el gobierno nada cuentan los pobres, víctimas inocentes de la expropiación más injusta y violenta que se pueda concebir.

**Estamos de acuerdo con Uribe**

Estamos de acuerdo con el Presidente de Colombia al protestar porque en Venezuela, país vecino, se mueven libremente los guerrilleros e incluso gozan de protección oficial. No se puede permitir que Venezuela sea santuario de la guerrilla colombiana. No se puede tolerar que el gobierno venezolano no atienda los reclamos del gobierno colombiano para que deje de proteger e incluso de tolerar la presencia de irregulares en Venezuela.

Es terrible falta de soberanía e irrespeto a la condición de ciudadano venezolano el que un guerrillero colombiano obtenga la cédula venezolana, se inscriba en el registro electoral y vote en las elecciones presidenciales. Si los encargados de la cedula y el registro no lo sabían, es que estamos en manos de ineptos que no son capaces de salvaguardar la soberanía nacional y la dignidad del acto de votación. Si lo sabían, estamos ante un gobierno que vende la soberanía para ganar un referéndum.

Pero no sólo eso. A pesar de las reiteradas negativas a reconocerlo, es un hecho cierto, constatado por todos los que viven en la frontera, la presencia sistemática de la guerrilla en amplias zonas, más todavía, su control sobre el territorio y las personas. Es inaudito que siendo el presidente un soldado, como se jacta de pregonarlo, acepte la humillación de no controlar su propio territorio, de tener perdida la guerra con la guerrilla, y lo que es más triste sin presentar batalla al

enemigo. Es duro reconocer que la Fuerza Armada venezolana no está hoy por hoy preparada para vencer a la guerrilla y que por eso rehuye la confrontación. Pero esto pasa porque en su reestructuración han privado criterios de lealtad política y no estrictamente profesionales, y porque se la ha desviado de su misión específica, la única que justifica su existencia, para confiarle otra que no le incumbe.

Pero lo que es increíble es que el Presidente sacrifique la soberanía nacional para no dañar su imagen revolucionaria ante la banda latinoamericana y los revolucionarios del mundo. Él sabe que recuperar la soberanía no sería cuestión de meses sino de años y a través de una estrategia sostenida y costosa. Hasta en el propio territorio colombiano los distintos grupos guerrilleros respetan sus zonas. Pues bien, el Presidente transige en que la guerrilla domine amplias zonas venezolanas en la frontera. Este comportamiento ¿es propio de un Presidente de una nación soberana? ¿Es digno siquiera de alguien que se llama revolucionario?

Estamos con el Presidente cuando condena la política del actual gobierno de USA, que desconoce el derecho internacional y todos los pactos, y actúa guiado sólo por su criterio y conveniencia. Estamos de acuerdo en su condena del totalitarismo de mercado como nocivo para los pueblos. Pero, como en las demás cuestiones, no podemos acompañarlo en su modo de hacerle frente, que es yéndose al otro polo, en vez de instaurar un horizonte superador. Si rechazamos el estilo confrontador de Bush, que no conoce sino su propio criterio y su fuerza, no podemos responderle con la misma confrontación de signo opuesto, más ridícula, ya que se carece de fuerza disuasoria. Necesitamos construir un frente latinoamericano, pero no basado en bravatas sino en una asimilación cabal de los bienes civilizatorios y culturales de esta época y en un esfuerzo sin tregua por la inclusión social en estado real de justicia, para expresar cabalmente esa condición de sociedades multiétnicas y pluriculturales que nos caracteriza.

**¿Impasse trágico o alternativa superadora?**

El caso Granda expresa el impasse trágico en que nos encontramos: Cada uno de los dos presidentes esgrime razones de buena ley, y es bueno que se afinque en ellas. Pero desgraciadamente se niega a reconocer las buenas razones del otro, que son sus propias sinrazones. La popularidad de que gozan ambos presidentes, que manejan una mal llamada democracia directa y tienen a su favor a las Fuerzas Armadas, expresa que cada uno de ellos ha tocado una tecla realmente sensible en sus respectivas sociedades, que ha dado en el clavo de un problema real y perentorio. En el caso de Uribe, la necesidad de encarar el problema de la lucha armada y lograr el control efectivo del país y la derrota de los que persistan en levantarse en armas. En el caso de Venezuela, el tener en cuenta al pueblo y poner el dedo en la llaga de los problemas inaplazables que lo agobian y su deseo de ser tomado en cuenta e incluido efectivamente en el diseño de las políticas. Pero la unilateralidad con que lo acomete, tanto el uno como el otro, está creando tantos problemas como los que trataba de resolver. En el caso de Uribe el buscar la paz a costa de las víctimas y sin resolver el problema de la justicia. En el caso de Chávez, el pretender resolver con recetas decimonónicas problemas del siglo XXI.

Lo grave del caso Granda es, pues, que es estructural: hace ver las contradicciones de ambas políticas. Por eso hemos dado razón a los dos, lo que equivale a pedirles a ambos que rectifiquen, tomando también en cuenta las razones del otro. Pero eso significa un cambio muy profundo de horizonte. ¿Serán capaces de intentarlo? ¿No habrá fuerzas en los propios países que los muevan en esa dirección o que asuman la alternativa superadora?

